

# RELIGIÓN Y PATRIA

PERIÓDICO QUINCENAL CON CENSURA ECLESIASTICA

Declarado de utilidad catequística en el Congreso Catequístico Nacional de Granada, 1926

Fundador: **JUAN ORTEA FERNÁNDEZ**

FRANQUEO  
CONCERTADO

FRANQUEO  
CONCERTADO

Precio de suscripción  
Cada 5 números quincenales,  
2 pesetas al mes

"Este precepto os doy: Amaos los  
unos a los otros como yo os he  
amado".

(Jesucristo a sus discípulos).

Dirección y Administración:  
San Bernardo, núm. 131, 1.º  
GIJÓN

## LE ESPERABA...

—Señor... señor... aquí tiene una visita...

Torció Diógenes un poco la cabeza y balbuceó con ira:

—¿Visita?... ¿Quién?... ¿El enterrador?... ¡Que aguarde!

—Es una señora...

—¿Una señora?... Y soltó una atrocidad, una indecencia que aturdió al fondista e hizo enrojecer a la dama detrás de la puerta, con ese santo rubor que realza tantas veces a los fuertes y castos ángeles de la caridad que sirven en hospitales, sin asustarles por eso, ni hacerles huir de la cabecera de ciertos enfermos.

—Es la señora Marquesa de Villasís, dijo turbado el fondista.

Diógenes dió una gran voz, un grito doloroso como si acabara de pronunciar una blasfemia; quiso arrojar de la cama y le faltaron las fuerzas, lanzó bramidos ininteligibles, extraños balbuceos que parecían retratar la emoción de una fiera agonizando en su caverna. La Marquesa se adelantó entonces, y sin asco ni temor, apretó entre las dos suyas aquellas manos sudorosas.

—¡María!... ¡María!... clamaba Diógenes.

—¿Qué es eso, Perico?... ¿Qué es eso, hombre? decía ella inclinando su rostro dulcemente sobre el desencajado del viejo.

—¡Me muero, María!... ¡Me muero!... Tu me lo anunciaste... No es en el hospital, pero es de caridad... En la fonda.

—¿Y que importa?... Más cerca del cielo está la cama de un hospital que la de tu palacio de Madrid.

Diógenes calló sollozando y la Marquesa cariñosamente consolaba al viejo que una vida licenciosa le había arrojado en los últimos momentos de su vida al cuarto miserable de un fonducho de Guipúzcoa.

—¡Quiero!... ¡Quiero!... ¡Quiero confesarme! ¡María... María me oyes. ¡Quiero confesarme!... ¿Pero con quién... con quién?... ¿Quién me confiesa a mí, Dios mío! ¿Dónde hay espuerta tan sucia que reciba mis peca-

dos?... ¡Soy un infame, un perverso!... ¡Me pesa, Dios mío, me pesa!

Y con ambos puños cerrados se daba terribles golpes en el pecho, que retumbaban en todo el aposento y le hacía toser horriblemente y le produjeron a poco un ligero vómito de sangre.

Su hermana, la Marquesa de Villasís, olvidando toda una vida de sufrimiento y de indelicadezas del hermano desgraciado, procuraba sosegarle, diciéndole que había enviado a toda prisa a Loyola por un Padre Jesuíta, que debía llegar de un momento a otro. Diógenes exclamó:

—Con ellos me eduqué... Pero no lo digo nunca... ¡Los deshonor!

La Marquesa pidió un crucifijo y poniéndoselo delante, díjole que hiciera ante él examen de conciencia en tanto que llegaba el padre; tomólo Diógenes con ambas manos y besólo devotamente; mas dejólo caer a poco sobre la colcha, llorando desconsolado.

—¡Si no sé, María... Si no me acuerdo!

—No te apures, yo te recordaré. Y púsose con gran cariño a explicarle el modo de hacer examen de conciencia, escuchándola Diógenes atentamente, mirando, a veces, al crucifijo.

—Se me va a escapar algo... Lo mejor será que te lo diga a ti todo... y tu se lo dices todo al Padre... y entre los dos veis si falta algo...

—¡No hombre, si no es preciso! Piensa tu y luego el Padre te ayudará.

Largo rato permaneció Diógenes silencioso, sosteniendo con ambas manos el crucifijo, puestos en él los ojos.

—María... no me acuerdo del Credo... ¿Cómo era aquello?... *Subió a los cielos y está sentado...* ¿Dónde está sentado?...

A la diestra de Dios padre... le dijo sonriente la Marquesa.

Todopoderoso, prosiguió Diógenes; y terminó lentamente y en alta voz el símbolo de la fé.

Entreabióse a poco la puerta y asomó la cabeza del fondista, diciendo que dos Padres de Loyola habían llegado.

La puerta se abrió para dar paso a una figura extraña que sorprendió a la Marquesa e hizo a Diógenes echarse atrás en la almohada, al verla adelantarse hacia él extendiendo los brazos; hubiérase dicho que la muerte en persona, cubierta con la sotana de un jesuíta, se presentaba en el aposento. Viejo, alto, descarnado, con unos mechones blancos por toda cabellera. Andaba lentamente, tambaleándose, con las manos extendidas como si temiese tropezar, porque estaba ciego, y así llegó sin ver a la Marquesa hasta el lecho de Diógenes y allí comenzó a buscar sus manos. Entonces con sonrisa de niño que contrastaba con sus cabellos blancos, con voz cascada pero dulce, que el asma atroz que padecía trocaba un poco premiosa, dijo muy bajo:

—¡Pedro... Perico... hijo mío!... Soy yo... ¿No me conoces?

Asombrado Diógenes miraba aquella extraña aparición, sin acertar a decir palabra.

—Soy el Padre Mateu... tu inspector del Colegio de Nobles... ¿Te acuerdas?...

—¡Si!... ¡Si me acuerdo!... —exclamó Diógenes estrechando entre las suyas aquella mano helada de esqueleto, que llevó con gran vehemencia a sus labios.

—¡Se acuerda... se acuerda!... ¡Bien lo decía yo!... Yo le he pedido siempre a la Virgen su misericordia para tí y hoy me la ha concedido. Porque me dijo Miguelito Tacón, hace algún tiempo, cuando lo ví en Cuba de Capitán General, el año treinta y cinco, que andabas... vamos... un poco alegre. Y ya ves que buena fué nuestra Madre!... Porque lo viese yo, me ha conservado ochenta y seis años. Ella detuvo a la muerte para darme ocasión de estar contigo en tus últimos momentos, como en otros tiempos de tu niñez y volver hablarte de Ella y rezar juntos el "Bendita sea tu pureza y eternamente lo sea..." Ella me dijo que vendrías y yo esperaba... un año, otro, otro... pero vendrías al fin.

Diógenes cada vez más postrado, lloraba en silencio.

—Ochenta y seis años... ¡Ochenta y seis años esperándote!... Ya puedo morirme tranquilo.

Y el Padre Mateu, sentado a la cabecera del moribundo, extenuado y jadeante, como si en aquella hora escasa hubiera perdido el corto resto de fuerzas que le quedaban, iba oyendo de Diógenes la azarosa vida llena de pecados, de irrespetuosidades, de burlas sangrientas...

—Dice el Padre Mateu, que Dios me ha perdonado, dijo Diógenes a su hermana la Marquesa de Villasís, cuando hubo terminado su confesión.

Y poco a poco fué apagándose su voz, repitiendo aún en frases sueltas el "Bendita sea tu pureza" como en los tiempos de su niñez.

Aquella mañana, las campanas de la Iglesia tocaban dos veces a muerto. El Padre Mateu había fallecido también aquella noche; encontraronle al amanecer, ya frío y tendido en su lecho, pero en sus labios había aun una sonrisa alegre por la vuelta de aquel niño travieso que desde hace tantos años esperaba.

P. Coloma ("Pequeñeces")

## La mujer en el hogar

Sorprendido Sócrates por sus amigos en el momento en que sufría las iras de su mujer pacientemente, creyó oportuno darles una explicación de tan desagradable escena y aprovechando un descuido se fué al campo y dándose cuenta de los pensamientos de sus amigos comenzó hablar:

No os extrañéis, de lo que acabais de ver en mi casa, ni tampoco de haberme visto pacientemente aguantar la tormenta que mi queridísima Jantipa ha descargado sobre mí. Yo quiero a mi mujer y ella me quiere a mí, a su manera, pero me quiere. Toda criatura tiene algo bueno, y lo que hay que hacer, es atender a esta parte para magnificarla y ponerla de escudo cuando la opuesta nos lastima con sus aristas. Por otra parte, ¿sería justo que no me acordara de la Jantipa que me molesta y olvidase a la Jantipa que me sirve? ¿A la que me hiere y no a la que me estima? Y Jantipa en cuanto a servirme, podeis creer que lo hace mejor que yo mismo lo haría

Ocurre que en este papel de dueños y señores de la casa, solemos estimar como principal y excelente cuanto hacemos, menospreciando, en cambio, la difícilísima e impagable tarea de regir un hogar. Es decir que nos envanece allegar los medios de vida (que muchas veces ni a costa de nuestro trabajo vienen), y, en cambio, nadie repara en lo que cuesta y en lo que vale el administrarlos.

Por mi parte os diré que aprendí esto bien con motivo de la última epidemia que le costo la vida a Mirto. Ocurrió que llegó un día en que, a excepción de Lamprocles y yo, los demás, las dos mujeres y esos niños, tuvieron que guardar cama, y yo (pues Lamprocles salía a su trabajo), tuve que hacer lo que tantos años venía ha-

ciendo Jantipa sin que nadie reparase en ella, es decir, lo que todas las mujeres suelen hacer en las demas casas pobres, sin ser por lo general, tomado en consideración.

Durante un inacabable mes pasé los días, sin punto de reposo, ocupándome de los enfermos y del hogar. ¿Y sabeis vosotros por casualidad lo que es atender una casa? ¿Sabeis lo que es levantarse con la luz para barrerla y y asearla? ¿Sabeis lo que es encender el hogar, calcular lo necesario para el día y allegarlo? ¿Sabeis lo que es luego condimentarlo y cuidarlo, pues si está pasado no habra paz y si duro tendreis tambien que oír y no oráculos?. Yo ya sabia lo que era lavar, por haberlo hecho cuando las expediciones a Anfípolis y Delión; pero entonces fué todos los días y a todas horas, con buen o mal tiempo. estuviese grata el agua o estuviese helada. De modo que cuando rendido caía en el lecho por la noche, pensaba: Todo esto que me tiene muerto es lo que ella hace día tras día y lo que lleva haciendo durante muchos años; y ademas cose, y estira y cuida la ropa, y ha de ahorrar y ha de soportar mis insolencias y las de sus hijos y ha de criarlos tambien. Y empecé a verme muy pequeño a su lado, muy infeliz sin ella, muy nada sin ella; y a considerar la gran injusticia que es, por lo general, cada hogar, donde el hombre, que por mucho que sea es poco, quiere serlo todo y en donde la mujer, que sí es tal mujer lo es todo, como nada se estima.

Y vi algo peor aun y es los males que que esto ha de causar el día que la mujer se de cuenta de que su penosa y magnífica labor natural no se estima y, buscando lo que no encuentra en su medio de vida, se lance al trabajo, fuera de la casa en abierta competencia con el hombre, para arruinarle muchas veces (pues de facultades tan comple-

tas y capaces como las nuestras, en casi todo nos puede suplir y en muchas cosas con ventaja), y para desarticularle, descompletarle siempre: que el hombre sin la mujer no es nada, pues tan solo el hombre es hombre «completo» cuando entra como elemento en esta combinación de tres factores: esposo, esposa e hijo.

Y aquí teneis por qué, en realidad, y aunque otra cosa parezca, no soy yo el que soporta a Jantipa, sino ella la que me soporta a mí. Tanto me da y tanto me quita, no debo quejarme pues sería injusto y además ayaro, pues siempre salgo ganancioso.

Mientras comentaban el discurso del filósofo sus amigos, volviose Sócrates a Platón y le dijo:—¿Quieres alcanzarme esa rosa que tienes justo sobre tu cabeza?

El joven con la mayor diligencia, la arrancó; pero tan vivamente y tan sin reparar en las espinas del tallo, que se las clavó en la mano. Sócrates la tomó delicadamente en la suya, y sin hacer caso del percance, y mientras Platón se llevaba instintivamente los dedos heridos a los labios para contener la la sangre, siguió:

—¡Mirad que maravilla! Y levantándola en alto mostró el capullo que se habría a la caricia del sol; un capullo de un blanco inmaculado.—Mirad que finura, que color, que transparencia, que perfume. ¡Umh!... Claro que no sé como Platón no la ha tirado al pincharse.

—Gran torpeza hubiera sido, replicó el joven admirando la embalsamada flor sin acordarse ya del os pinchazos, por bien empleadas las espinas con tal de tener la rosa.

—Pues los mismo me pasa a mi con Jantipa, les repuso Sócrates.

(Estampas Socráticas-Platón)

## CHARLA

—Señor Cura, el mundo está muy mal organizado. Debería de llover unos días, para que los campos.....

—Efectivamente, tienes razón.

—¿Cómo no organiza Vd. unas fiestas religiosas para que Dios envíe agua, que ya va haciendo falta.

—Dios sabe bien lo que hace. Pudiera que El nos castiga con hacernos padecer un poco, para ver si consigue que seamos buenos, que falta hará.

—Pero es que si continúa mucho tiempo sin llover tendremos mala cosecha y todos pagarán las consecuencias.

—Nos acordamos de Santa Bárbara nada más que cuando truena y Santa Bárbara está siempre en el Cielo.

—Pero, Señor Cura, no ve como se están poniendo los campos..,

—Si, si ya lo veo. Tu quieres que llueva y tu vecino también, pero los demás ¿qué dicen? Los que no tienen tierras y sus negocios no precisan del agua del cielo.

—No le perjudicará tanto el agua a

ellos como la sequía a nosotros.

—Yo sé una oración, infalible, para que llueva cuando se quiera. Sólo que precisa que todos esten de acuerdo y conformes en que llueva y el resultado no falla. Si os parece, vais el domingo a la Misa y allí os poneis todos de acuerdo, rezamos la oración y al poco rato a llover.

La noticia corrió por todo el pueblo y al llegar el domingo, un rato antes de comenzar la Misa, estaba la Iglesia llena de fieles, esperando el momento en que el sacerdote consultase con todos el día y hora que había de llover, para rezar la milagrosa oración.

Terminó la Misa y comenzó diciendo:

—Para proceder ordenadamente vamos primero a la votación. Supongamos que la oración se reza ya para que un aguacero de una hora inunde los campos de los alrededores y ésta ciudad ¿hay alguno que se oponga a la lluvia de hoy?

—Señor cura hoy no, que es domingo y tenemos fiesta, además en algunas casas hay goteras y no se han arreglado, pues no contábamos con el agua todavía,

—Bueno, lo dejaremos para el lunes.

¿Hay algún inconveniente?

—Mejor será que llueva el martes, dice otro, pues tengo dos mil tejas al sol, que es de donde saco el pan para mis hijos, y conmigo trabajan otros hombres y si llueve el lunes no tenemos tiempo de retirarnos.

—Pues poneos de acuerdo para ver si ha de ser el martes, por mi no hay inconveniente.

Comenzaron a discutir unos con otros y las voces de las lavanderas protestaban indignadas porque ese día tenían que poner la ropa a secar al sol y ellas vivían de el lavado de ropa que tenían que entregar en la semana,

—Bien. Pues os repito que la votación ha de ser unánime, porque yo no quiero que la lluvia perjudique a unos para beneficiar a otros.

El tumulto iba en aumento. Algunos se acercaron al sacerdote para sobornarlo, otros para convencerlo de que no podía ser tampoco el jueves ni el viernes, pues a los carreteros les perjudicaba mucho, porque los caminos se ponían intransitables y no podían trabajar... y ellos de eso vivían.

—Pues bien, dijo el señor cura, haré que caiga la lluvia el sábado.

—¡No, no, no! gritaron las mujeres. Ese

día es el único que vamos de compras, porque es cuando tenemos dinero y si llueve nos perjudica para toda la semana.

Las discusiones siguieron en aumento y no había manera de poner de acuerdo a los concurrentes. Todos los vecinos discrepaban y hasta dentro de las mismas familias opinaban de diversa manera.

—Bien, dijo el señor cura. Veo que no os poneis de acuerdo y por lo tanto no puedo rezar la milagrosa oración. Han de seguir las cosas como hasta hora. Que llueva cuando Dios quiera. El sabrá mejor que nosotros dirigir los elementos. Esta visto que si El tuviese que guiarse por nuestros deseos le plantearíamos un buen conflicto. No obstante vamos a rezar una oración pidiéndole la lluvia.

—¡No, no, no! gritaban todos. Hoy no. El martes tampoco. Tampoco el miércoles etc. etc. Y así gritaban todos defendiendo cada uno su mejor deseo.

—Calmaos. La oración que voy a rezar ha de ser en beneficio de todos y para que todos quedeis satisfechos. Rezad conmigo:

Padre nuestro que estas en los cielos, santificado sea tu nombre, *hágase tu voluntad...*

En el pueblo nadie más se acordó de pedir al señor cura que rezase la milagrosa oración.

—Hombre de poca fé, ¿por qué has dudado?

Y en verdad que muchas veces, flaquea nuestra fé ante las desgracias que el correr de la vida nos va presentando. Muchas son las contrariedades por las que tenemos que pasar y muchas lágrimas hemos de derramar en éste valle de dolor. Vivimos esta vida para merecer la eterna y no es fin para nosotros la felicidad en este mundo. Y aunque nuestras creencias religiosas nos lo han dicho, a veces, nos revelamos contra Dios a quien consideramos injusto por los sufrimientos que nos envía y otras nos hace dudar de su bondad y de su misericordia cuando el dolor y la desgracia han llegado a las puertas del hogar.

No podemos dejar de sentir estas penas que el corazón padece, pero precisamente en esos momentos es la fé la que debe de sobreponerse a la desesperación; y una fé grande en el Dios que nos ha creado y que sabe muy bien de nuestros destinos nos tiene que conceder el beneficio inmenso de la resignación.

No podemos dudar nunca de quien es principio y fin de nuestra vida. El nos puso en ella y nos dará honores, riquezas, comodidades, miserias, desgracias, momentos más o menos felices y horas tristes de dolor. Eso es toda nuestra vida. Y en las distintas épocas de la misma, consideremos siempre que a El es a quien tenemos que alabar en nuestras horas felices e implorar en las horas adversas.

La fé es el consuelo de los pobres, de los desgraciados, de los que sufren. Sin fé su desgracia es mayor, su pobreza muy triste y sus sufrimientos espantosos. Pobre del que sufre y no tiene fe.

En la pérdida del ser querido, la oración

ante Cristo crucificado es el sedante espiritual de nuestras almas que mitiga las penas y encuentra consuelo a su dolor.

Digno de toda compasión es aquél que no siente el deseo consolador de elevar una oración al cielo mientras sus lágrimas humedecen la tierra que ha de convertir en polvo el cadáver de su padre.

Y en cuanto subieron a la lancha cesó el viento.

Entonces los que estaban en ella le rodearon y adoraron diciendo:

—Verdaderamente tu eres Hijo de Dios.

Simón Pedro, el discípulo impetuoso, el que primero le ha confesado por Hijo de Dios, el mismo que en un arranque de valentía trató de acometer a los soldados que prendieron a Cristo en el huerto de Getsemani, y que había de negar por tres veces al Maestro, es a el precisamente a quien encarga de dirigir su Iglesia naciente nombrándole personalmente, primer Papa de la cristiandad:

—Tu eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia... R.

## SAN PEDRO

### TRIPTICO

#### I

¡Drendieron al Maestro!... Es suficiente razón para que el brazo no esté quieto; mides al enemigo altivamente, y le arrancas su espada sin respeto. Brilla un zig-zag; se escucha triste queja: de Malco, ensangretada, cae la oreja.

#### II

—Tú eres del Nazareno, Galileo, —No es cierto lo que dices.—Yo te he visto con estos ojos con que ahora te veo acompañando, sin cesar, a Cristo. —¡No es cierto!—contestabas con desmayo cuando, tercera vez, cantaba el gallo.

#### III

—¡Como al Maestro, no! De otra manera. ¡No merezco tener esa actitud de Cristo! Cambiad esa madera, si deseáis que muera en esa cruz. —Y en la cabeza que miraba al suelo Jesús ponía una Tiara desde el Cielo.

Hermenegildo RODRIGUEZ

Junio 1944

## Consideraciones sobre la Doctrina del Evangelio

Los discípulos navegaban con rumbo a Betsaida, situada en la orilla occidental del lago. Mientras tanto, allá en el monte, oraba Jesús.

En esto comienza a soplar recio viento y a moverse el mar. La lancha sacudida por las olas encontraba de frente al huracán.

No los olvidaba Jesús. Desde la costa, adonde había bajado, veíalos remar ansiosos contra el viento, sin adelantar apenas nada.

El Señor adelantose de la costa, puso pié en el mar, y, caminando majestuosamente sobre las olas, los alcanzó.

No le vieron los discípulos hasta que le tuvieron cerca y sorprendiéndose de la aparición gritaron sorprendidos:

—¡Un fantasma!

Y al punto les dijo Jesús:

—No tengais miedo, soy yo.

Entonces Simón Pedro, en una de esas resoluciones rápidas y decididas que muchas veces tomaba su ánimo arrojado y algo demasiado súbito, dijo:

—Señor, mándame ir a tí sobre las olas.

—Ven, le contestó Jesús.

Saltó Pedro, de la lancha y empezó a andar sobre las olas para llegar hasta El.

Mas Jesús, quiso tentarle un poco y humillar su valentía. Vino una fuerte racha de viento, alzose una ola más alta, vaciló el valiente, sintió que empezaba a hundirse y lleno de pavor gritó:

—¡Sálvame, Señor!

—Al punto tendióle la mano Jesús y le dijo:

## La Mortalidad Infantil

En números anteriores nos ocupamos de los países que más contingente de mortalidad acusan en sus estadísticas y que España ocupa entre estos un lugar bastante elevado, y también indicábamos que en los medios rurales, si bien nacen los niños con más capacidad vital, el atraso, la incuria y la ignorancia aumentado con prejuicios y preocupaciones supersticiosas, hacen que los niños se malogren pagando un mayor tributo a la muerte.

La densidad de población, exponente de adelanto de un pueblo, depende de estos dos factores: Natalidad y mortalidad.

España figura entre las estadísticas del año de 1934 entre los países de más natalidad. Está en primer lugar, Chile con un 33'4 por ciento, Rumanía y Bulgaria con un 32 y 30 por ciento respectivamente, Portugal con un 29 y España ocupando el quinto lugar del Mundo, con un 27'7 por ciento. Pero como también indicábamos en números anteriores, por desgracia, también ocupa un destacado lugar en la mortalidad infantil señalándonos nuestras estadísticas un 112 por mil de defunciones en niños menores de un año.

Entre otras causas que ya señalamos una de las principales que facilitan la mortalidad infantil, es «el error de la experiencia».

Las abuelas, por haber criado uno o más hijos, sin atenerse para nada a las reglas de la puericultura, se creen autorizadas para desdeñar los consejos de un médico que ha tenido que ver y tratar centenares de niños y confirmar en ellos las teorías aprendidas en autores que se pasaron su vida estudiando y practicando estas cuestiones y deduciendo consecuencias y doctrinas mucho más útiles y ciertas que las que puede haber sacado quien no ha tenido otra fuente de conocimientos que los que le proporcionó una limitadísima

práctica sin más fundamento que la rutina.

De esto debe deducirse, que esas advertencias y consejos, dados por personas que no tienen otra autoridad en la materia que un mal entendido cariño, nunca podrán invalidar los consejos y prescripciones de la Ciencia que ofrece como garantía los conocimientos adquiridos y comprobados en Clínicas y Hospitales donde se asisten millares de niños con toda clase de afecciones y enfermedades.

Así pues, déjense para siempre de brujerías y farsas de curanderas y «curiosas» y oíganse y atiéndanse las prescripciones de la Ciencia que el médico aconseja.

Sucesivamente continuaremos dando instrucciones sobre este importante tema de la puericultura.

Doctor C.

### ANTIGUA FUNERARIA

— DE —

## Feliciano Rodríguez

Fundada en 1874

La más antigua de la provincia

Moros, 40 — GIJÓN — Telf. 17-2  
SERVICIO PERMANENTE

## Cuentan.....

que en los tiempos anteriores a la guerra europea, el mariscal Petain, actual Jefe de Estado francés, que en aquella época era Coronel, recibió un día del Ministerio una comunicación redactada en estos términos.

«Señor Coronel: Hemos sabido que varios oficiales de su regimiento se permiten asistir a Misa de uniforme. Tal infracción de los reglamentos no puede ser tolerada. Sírvase comunicar los nombres de dichos oficiales.»

Y el Coronel respondió con la siguiente carta:

«Señor General: Es verdad que varios oficiales de mi Regimiento se permiten asistir a Misa de uniforme. Entre ellos se encuentra el Coronel. Pero como éste ocupa siempre el primer puesto, ignora quienes están detrás de él.

(firmado) Petain

### Solución al crucigrama núm. 3

HORIZONTALES: 1.— Ostrogodo, 2 Baos - Doré. 3.— Los - A - Oña. 4.— Lí Ata - Am. 5.— T - Anida - I. 6.— Me - Uno Cl. 7.— Ros - A - Bis 8.— Aloe - Uros 9.— Retraídos.

VERTICALES: 1.— Obliteras. 2.— Loas Mole 3.— Tos - A - Sot. 4.— Rs. - Una Re- 5.— O - Atina - A. 6.— Ge - Oda - Si 7.— Oro - A - Dos. 8.— Doña - Ciro. 9 Sublimado.

## PALACIOS LIBRERIA RELIGIOSA

Corresponsal de Prensa  
Sellos de caucho  
Rótulos esmaltados

Santa Rosa, 4 - Gijón

## HOTEL ASTURIAS

TODO CONFORT

GIJON

Plaza Mayor  
Teléfono 2205

## DIGESTION FACIL SIN MOLESTIAS NI DOLOR

Una digestión normal, sin molestias ni dolor, es el secreto de buena nutrición y asimilación y por tanto del equilibrio de la salud. Si sus digestiones son pesadas, dolorosas, si tiene Vd. malestar o somnolencia después de comer, la Especialidad HAMON n.º 13, tratamiento vegetal conocido ventajosamente por sus resultados en todas partes desde hace 35 años, hará que sus digestiones sean normales ayudando a normalizar el funcionamiento de su estómago.

### Las especialidades HAMON

preparadas en Laboratorios Botánicos y Marinos, Rda. Universidad, 6, Barcelona, se encuentran en las principales Farmacias. (C. S. n.º 4445.)

## JOYERIA - PLATERIA - RELOJERIA

### Vda. de Melchor Osorio

Relojes, joyas y artículos  
para regalo

Moros, núm. 13 - GIJON - Teléfono 3382

## ALMACENES LA SIRENA

J. A. M. S. A.

PAÑERÍA - SEDERÍA - LANERÍA  
CONFECCIONES - ALGODONES

Corrida, 81 GIJON Moros, 56



Depositando sus economías en la

## CAJA DE AHORROS MUNICIPAL DE GIJÓN

vela por sus intereses y participa en una amplia obra benéfico-social, pues a tal fin, tras constituir sólidos fondos de reserva, dedica INTEGRAMENTE sus utilidades esta Institución tutelada y fiscalizada por el Estado

ABONA EL INTERÉS MÁXIMO AUTORIZADO

Domicilio social: CALLE DEL INSTITUTO  
(edificio de su propiedad)

PRÉSTAMOS A INTERÉS MÓDICO

Imp. LA VERSAL - Gijón